

DISCURSO

PARA EL DIA 22 DE MAYO.

PROFECÍAS QUE SE REFIEREN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Profecías que se refieren á la Santísima Virgen.

SUBDIVISIONES.—1. Predicciones de los Patriarcas.—2. Predicciones de los Reyes.—3. Predicciones de los Profetas.

PUNTO SEGUNDO.—Expectación universal de la Virgen.

SUBDIVISIONES.—1. Expectación del Mesías.—2. Expectación de la Virgen.

Memoria mea in generationes sæculorum.
Mi memoria se trasmirá de generación en
generación á todos los siglos.

(ECCLI., XXIV, 28.)

LA vida de la Santísima Virgen no está limitada á los pocos años que pasó en la tierra, sinó que se remonta de generación en generación, á la cuna misma del género humano. La vida de María comienza en el Paraíso terrenal, unida á la de nuestros primeros padres, y prolongándose por una larga serie de siglos, incorporada con la de los Patriarcas, Reyes y Profetas, con la del pueblo de Dios en general, termina en la Asunción gloriosa, ó mejor dicho, se eterniza en los cielos... Razón, pues, tiene la Iglesia para aplicar á María las palabras del Eclesiástico que acabo de citar: *Memoria mea in generationes sæculorum.*

Me propongo, A. H. M., referiros hoy la larga vida de la Santísima Virgen antes de nacer al mundo; quiero decir: que pienso daros noticia de las profecías con que ciertos varones inspirados por Dios, viendo de lejos á María, la saludaron gozosos, poniendo en ella toda su esperanza y consolando al pueblo escogido, hablándole de la Virgen que había de dar á luz al suspirado Mesías: *María de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.* (MATTH., I, 16). Quiero mostraros que María Santísima fué objeto de profecías; que fué revelada al mundo; que fué esperada por las generaciones, porque creo que, demostrándoos estas verdades, demostraré su grandeza, sus glorias, y sus privilegios

cerca de Dios, y por consiguiente, os animaré á profesarla profunda veneración. Tal es el fin de este discurso.

Su división héla aquí: 1.º Profecías que se refieren á la Santísima Virgen. 2.º Expectación universal de la Virgen.

PUNTO PRIMERO.

PROFECÍAS QUE SE REFIEREN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Para guardar algún orden en las predicciones relativas á la Virgen, las consideraré divididas en tres clases: 1.ª las de los Patriarcas; 2.ª las de los Reyes; 3.ª las de los Profetas.

1. La Mujer bendita entre todas, la Mujer escogida en los decretos divinos para ser Madre del futuro Redentor, es revelada al mundo desde muy temprano en las Santas Escrituras. No es en los más modernos libros donde aparece la primer noticia de la Virgen, sinó en el más antiguo de todos, y en sus primeras páginas; en las páginas donde se refiere el origen del mundo, y la creación del hombre. Acababa de cometerse la culpa; tenía lugar la separación entre el Cielo y la tierra; el júbilo se había disipado; el Paraíso terrenal iba á convertirse en árida campiña; los elementos se trastornaban; los enemigos del hombre se aprestaban de todas partes contra él; los enemigos interiores, esto es, el remordimiento, el desasosiego, la turbación, el vacío del alma, las tinieblas, la embriaguez de las pasiones, las necesidades tiránicas; los enemigos exteriores, esto es, los seres hasta allí sometidos desde su creación á la voluntad del hombre, la madre naturaleza convertida en madrastra, la esterilidad, las enfermedades, y por último, la muerte que se levantaba contra él, enteramente libre en todos sus dominios. ¡Qué espectáculo! Adán, Eva, la mejor obra de la creación; reyes del mundo, para quienes habían sido hechas la luz y una naturaleza riquísima, ¿en qué habéis venido á parar? Nobles criaturas, salidas de las augustas manos de Dios, y tratadas tan magníficamente en ese Edén delicioso, donde recibíais las visitas del Señor, como en un palacio de gloria, ¿cómo habéis venido á tal bajeza; cómo os habéis precipitado en tan hondo abismo? Aquel volver en sí de nuestros primeros padres después de su caída, A. H. M., debió ocasionarles gran terror. Sus angustias hubieron de ser tan dolorosas, que no han tenido semejante. Concíbese una terrible desesperación en un alma castigada de grandes infortunios; pero, ¿será esa desesperación peor, ni siquiera igual, á la que sentirían Adán y Eva? No desesperes, sin embargo, naturaleza caída, que tiempo vendrá en que vuelvas á levantarte. Entonces fué, H. M., entonces fué cuando Dios se digno revelar al mundo la Madre de esperanza. Una Mujer, dice Dios al Angel condenado, quebrantará tu cabeza: *Ipsa conteret caput tuum.* (GEN., III, 15.) La revelación está hecha; el ministerio de la Madre del Redentor queda señalado. María triunfará del demonio, alcanzando sobre él una

brillante victoria, en el hecho de quebrantar su cabeza: *Ipsa conteret caput tuum*. Satanás había logrado poner á sus plantas al Rey de la creación; pero su momentáneo orgullo queda trocado en horrenda pena. La predicción del Altísimo restituye el ánimo á los culpables, quienes le dan afectuosas y rendidas gracias por la misericordia que usaba con ellos, y por la compasión con que había mirado su desgracia, saludando entonces de lejos al Mesías Redentor, y á la Mujer bendita de que había de nacer: *A longe aspicientes, et salutantes*. (HEBR., XI, 13.)

El Salvador del mundo y su divina Madre fueron anunciados, como acabáis de ver, á nuestros primeros padres; pero faltaba algo que añadir á esta primera revelación. Importaba mucho al género humano conocer la raza, el pueblo, la familia de donde habían de salir, para que el Señor tardase en manifestar estas circunstancias. Llegada la ocasión oportuna, habla Dios á un hombre para descubrírselas. «Abraham, le dice, sal de tu tierra, deja á tus parientes, y la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te enseñaré... Quiero constituirte cabeza de una gran nación, y bendecirte, y glorificar tu nombre.... Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, como las arenas del mar... Y todos los pueblos de la tierra serán bendecidos en Aquel que de ti descenderá: *Et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ.*» (GEN., XXII, 18.)

Abrahán, Isaac, Jacob, David, Salomón: hé aquí los progenitores del Mesías. En la nación hebrea aparecerá el que es la esperanza de los pueblos, y de patriarcales familias nacerá la Mujer que Dios ha elegido para Madre suya.

Estos mismos oráculos se repiten á Isaac y á Jacob. Rodeado éste de sus doce hijos, que van á ser cabeza de las doce tribus de Israel, vuélvese el venerable anciano á Judá, y le dirige una imperecedera profecía: El cetro no será quitado de Judá, ni de su descendencia el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y que será la esperanza de las naciones: *Non auferetur sceptrum de Judá, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium.* (GEN., XLIX, 10.)

Las promesas hechas á los Patriarcas, aunque especiales del Mesías, están tan íntimamente ligadas á la Santísima Virgen, que á pesar de la profunda humildad de Ella, y de la ley del silencio que se impuso acerca de cuanto la concernía, no pudo menos de exclamar movida por el Espíritu Santo que la inspiraba, diciendo: El que es Poderoso ha obrado en mí grandes maravillas; ha adoptado á Israel su siervo, y se ha acordado de su misericordia, según la indefectible promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia, en los siglos: *Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus, in sæcula.* (LUC., I, 55.)

2. A medida que los siglos de expectación van pasando, la claridad de las divinas promesas aparece más viva. Las profecías de David y de Salomón, relativas á la Santísima Virgen, son tan precisas, que llenan de admiración cuantas veces se recuerdan.

Escuchad primeramente á David, á quien Dios destinó á ser uno de los progenitores de la Madre de Jesucristo: Toda la hermosura, dice, de la hija del Rey es interior. (PS., XLIV, 14.) Oye, oh Virgen, y mira, dice en otra parte: inclina tu oído, olvídate de la casa de tu padre, y el Rey se prenderá de tu belleza (ID., IBID., 12.) El Señor, añade, consagró su tabernáculo (ID., XLV, 5.) Se colocó como una Reina á tu derecha, dice en otro salmo. (ID., XLIV, 10.) Las vírgenes que han de formar el séquito de Ella, serán presentadas al Rey: á tu presencia serán traídas sus compañeras.

Todos los comentadores, todos los teólogos, Pontífices y predicadores de todas las épocas, han aplicado unánimemente á la Madre de Dios estas y otras palabras de David. Y en efecto, atendida la distancia de la realización y la natural oscuridad del lenguaje profético, no cabe, puede decirse así, más exactitud en esos vaticinios. La Iglesia Católica, intérprete infalible de las Santas Escrituras, ha declarado siempre que en estas palabras se designa la Virgen María, en el hecho de emplearlas en su liturgia, al hablar especialmente de la Madre de Dios.

Los libros de Salomón, mejor aún que los salmos de David, diseñan las prerogativas de la Santísima Virgen publicando sus loores. Hé aquí algunos pasajes:

«El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, ántes que criase cosa alguna. (PROV., VIII, 22.) Desde la eternidad tengo yo el principado. (ID., IBID., 23.) Todavía no eran los abismos, y yo ya estaba concebida. (ID., IBID., 24.) Yo soy Madre del amor hermoso. (ECCL., XXIV, 24.) He hecho penetrar mis raíces en las entrañas de los pueblos. (ID., IBID., 16.) He crecido como el plátano. (ID., IBID., 19.) ¿Quién hallará una mujer más fuerte? El precio de ella sobrepaja al de las riquezas. Parece á la nave que trae de lejos todas las cosas necesarias á la vida... Sus hijos se levantaron apellidándola bienaventurada... Muchas mujeres han allegado riqueza de virtudes, mas á todas las aventajaste. (PROV., XXXI, 10, 29.) Como el lirio entre espinas, así mi amada entre las hijas. (CANT., II, 2.) Toda Tú eres hermosa, amada mía, y no hay en Ti la más leve mancha. (ID., IV, 7.) ¿Quién es ésa, prosigue el inspirado de Dios, que se adelanta majestuosa como la aurora, brillante como el sol, hermosa como la luna, formidable como los ejércitos ordenados en batalla? (CANT., VI, 9.) Huerto cerrado es mi hermana, y pozo de agua viva. (ID., IV, 12.) Ven, hermana mía, ven del Líbano para ser coronada. (ID., IBID., 8.) ¿Quién es ésa que sube del desierto, rebosando delicias y reclinada en su amado? Parece al humo del incienso y de la mirra.» (ID., VIII, 3.)

Este lenguaje no há menester comentarios; basta oírlo para aplicarle al personaje que quiere significar. La Virgen electa, la escogida del Señor, la Madre de Jesucristo, es aquella á quien Dios poseyó desde el principio; es la Madre del amor hermoso; es la Mujer fuerte á quien todas las generaciones proclamaron bienaventurada; es aque-

lla que camina con la majestad de la aurora, cuya espléndida belleza sobrepuja al brillo del sol; es, en fin, la venturosa privilegiada, que se reclina en su amado, el Dios-Hombre, el Hijo querido de su corazón.

3. Los Profetas que refirieron anticipadamente los pormenores de la vida del Salvador, no omitieron hablar de su Divina Madre. Isaías la nombra llamándola raíz de donde ha de brotar la flor de Jessé: «Saldrá una rama, dice, del tallo de Jessé, y de su raíz nacerá una flor.» (ISA., XI, 1.) En otro lugar la distingue con el título de nube y de tierra fecunda: «Lloved, oh nubes, exclama, al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador.» (ID., XLV, 9.) Tan grandes y sublimes son estas imágenes, que á nadie pueden convenir fuera de la Madre de Dios. Porque, ¿de quién, sinó de la Virgen escogida, puede decirse con propiedad que sus entrañas son un cielo que vierte divino rocío, y una tierra que produce fruto de vida, y una planta llena de savia, de donde nace la flor de gracia y de salud? Mas el Profeta no limita su vaticinio á esas magníficas figuras. Después que un Angel purifica sus labios con fuego del altar, hácese más íntima su revelación, manifestando lo que lengua humana no se había atrevido antes á pronunciar. Hasta entonces se había nombrado á María como la *Mujer* que ha de quebrantar la cabeza de la serpiente; como la *Mujer fuerte*; como la *Reina* que se sienta á la diestra de Dios; como *Esposa* del Amado; como *Madre* del amor hermoso; pero Isaías la da otro nombre más grato á su corazón: el de *Virgen*. «Hé aquí, dice, que una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, que será llamado Emmanuel.» (IS., VII, 14.) Esta profecía es completa, pues resume todos los misterios concernientes á María, es decir, su virginidad y su fecundidad; la *Encarnación del Verbo* y la *maternidad divina*. Este vaticinio encierra todas las promesas, todos los anuncios. Después de él, es superfluo añadir otras citas. Sin embargo, no debo olvidar otro oráculo de Jeremías: «Una mujer, dice, llevará en sus entrañas al Hombre perfecto.» (JEREM., XXXI, 22.) ¿Qué quiere decir en estas palabras el Profeta? ¡Ah, H. M.! No es así como nacen los hombres, puesto que todos vienen al mundo cubiertos de la lepra del pecado, maldecidos, ignorantes y débiles. El hombre de quien Jeremías dice que nacerá de aquella Mujer, es perfecto. Luego ese Hombre es el Hombre-Dios, y, por consiguiente, la Mujer que ha de darle la vida no puede ser otra que María, su Divina Madre.

Pudiera multiplicar los textos en que se hace referencia al lugar donde la bienaventurada Virgen había de dar á luz al Salvador, á su huida á Egipto, á la presentación en el Templo, á los dolores de María y á la crucifixión de Cristo; pero creo basta la exposición que acabo de hacer, para demostrar, hasta la última evidencia, que los libros santos contienen numerosas profecías, de las cuales María Nuestra Señora es objeto, fin y causa. Pasemos ya, pues, á la segunda parte, en que os haré ver la *Expectación universal de la Madre de Dios*.

PUNTO SEGUNDO.

EXPECTACIÓN UNIVERSAL DE LA VIRGEN.

Todos los acontecimientos que tuvieron lugar en el mundo antiguo, se encaminaron en los designios de la Providencia á preparar el advenimiento del Mesías, y á fundar su reino en la tierra. Por eso no hay hecho más unánimemente admitido en la historia, tanto sagrada como profana, que el de la expectación universal de un Mesías, para el pueblo de Israél en particular, y en general para todos los pueblos de la tierra. Abriendo los sagrados libros, se lee en sus primeras páginas el anuncio de la venida de un Redentor; y más adelante se observa, que la fe de los Patriarcas estriba por completo en la esperanza de un Libertador divino. El Apóstol San Pablo resume admirablemente la vida de ellos en estas pocas palabras, que expresan con toda fidelidad el estado de los justos en la Ley antigua. Miraban de lejos, dice, y se postraban adorando: *Longe aspicientes, et salutantes*. (HEBR., XI, 13). El Evangelio hace mención en muchas partes, de la esperanza universal del Mesías en el pueblo de Israél. Hablando de San Juan Bautista, dice que la multitud, al verle y escucharle, se preguntaba si por ventura era él el Cristo: *Existimante autem populo; et cogitantibus omnibus in cordibus suis ne forte ipse esset Christus* (LUC., III, 15). Dice, además, que los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que hiciesen esta pregunta: *Tu quis es?* ¿Quién eres tú? Esto es: ¿Eres tú el Cristo que aguardamos? Nó, contestó San Juan; no soy yo Cristo: *Et confessus est, et non negavit, et confessus est: Quia non sum ego Christus* (JOAN., I, 20). El mismo Precursor envió cierto día dos de sus discípulos al Salvador, con encargo de preguntarle si era él el que había de venir, ó debían aguardar á otro: *Tu es qui venturus es an alium expectamus?* (MATTH., XI, 3). Del anciano Simeón dícese también en el Evangelio, que aguardaba el consuelo de Israél: *Expectans consolationem Israel*. (LUC., II, 25). Y de Ana, profetisa, se hace notar asimismo, que hablaba del Mesías á cuantos aguardaban la redención de Israél: *Loquebatur de illo omnibus qui expectabant redemptionem Israel*. (ID., IBID., 33). La Samaritana tenía tan grabada en su ánimo la tradición popular de la venida del Mesías, que respondió con profundo convencimiento á Jesús: Sé bien que el Mesías, llamado Cristo, ha de venir pronto: *Scio quia Messias venit*. (JOAN., IV, 25).

En lo que respecta á otros pueblos, nos han transmitido sus historiadores la tradición que guardaban acerca de este punto, conforme en todo con la del pueblo hebreo. Suetonio refiere que la antigua creencia de que de Judea había de salir el Dominador del mundo,

estaba muy extendida por todo el Oriente: *Percrebuerat Oriente toto, vetus et constans opinio, esse in fatis, ut eo tempore, Judæa profecti rerum potiventur.* (IN VESPAS., C. 4.) Hay una tradición general, añade Tácito, que descansa en antiguos escritos de sacerdotes, que por aquel tiempo se levantaría la Judea con el dominio del mundo: *Pluribus persuasis inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore, ut valesceret Oriens, profectique Judæa rerum potiventur.* (ANNAL., l. V, C. 13). Hojead los libros griegos, decía San Clemente Alejandrino á los paganos; leed á la Sibila, y observad cómo muestra á un solo Dios, y vaticina lo que ha de suceder: registrad á Histaspo, y hallaréis en sus escritos al Hijo de Dios designado de un modo admirable. (*Stromat.*, l. VI). Preciso era que los libros de las Sibilas fuesen bastante claros, para que los Doctores del cristianismo no dudaran citarlos con objeto de argüir á los gentiles. En efecto, desde el año 63 antes de la era cristiana, era conocido un oráculo sibilino en que se anunciaba el nacimiento de un Rey para el pueblo romano: *Regem populo romano naturam parturire.*

Un autor, á quien no cito con su nombre propio por respeto á este lugar, pero cuyo testimonio en la materia de que vengo tratando es concluyente, por lo mismo que el que lo da se muestra siempre adversario del catolicismo; ese autor dice, al dar cuenta de las tradiciones populares esparcidas por Asia en la época de la destrucción de Jerusalén por Tito, lo siguiente: «Las tradiciones sagradas y mitológicas anteriores á la ruina de Jerusalén, habían esparcido en todo el Asia un dogma perfectamente análogo al que profesaban los judíos acerca del Mesías. Hablábse de un *gran Mediador*, y de un *Juicio final*; de un Salvador futuro, de un Rey, de un Conquistador y Legislador que había de renovar en la tierra la antigua edad de oro, libertándola de la tiranía del mal, y restituyendo á los hombres el reinado del bien, de la paz, y de la dicha. En Judea era general la expectación del *gran Enviado*, del Salvador postrero » (Volney, *Ruinas de Palmira*, c. XII, núm. 13). Omito aducir nuevas citas sacadas de los libros sagrados de la India, de la China y de la Persia, porque su doctrina está conforme con la de los griegos y latinos, y con la de otros pueblos, pudiendo resumirse en este notable fragmento de uno de sus sabios: Los pueblos, dice Mencio, discípulo de Confucio, aguardan al Santo como las plantas marchitas desean el rocío. (Schmit. *Orig. de los mitos*).

Ya veis, A. H. M., que la expectación del Mesías es un hecho histórico, tan completamente averiguado, que la misma incredulidad lo reconoce como auténtico. Me he detenido en exponer la prueba de este hecho, porque sirve de base al que ahora paso á demostrar, esto es: la *Expectación de la Virgen María*.

La esperanza de una Madre de Dios era una consecuencia natural de la esperanza del Mesías. Si los pueblos han llamado con sus deseos, por largos siglos al *gran Enviado*, necesariamente pensarían en la criatura destinada de lo alto para Madre de El. El dogma de la

Maternidad divina no pudo estar separado en su entendimiento, del dogma de la *Encarnación*. Abraham, decía el Salvador, ardió en deseos de ver mi día; lo ha visto, y se ha regocijado: *Abraham pater vester, exultavit ut videret diem meum; vidit et gavisus est.* (JOAN., VIII, 56). El tan deseado día que viera el Santo Patriarca, es el del nacimiento del Hijo de María. Vió, en efecto, Abraham, entre suspiros, el día del viaje de María á Belén, y la noche venturosa en que dió al mundo al *Hijo de las promesas*; vió ésto y se regocijó: *et gavisus est.* El Padre de los creyentes, postrado en espíritu ante el pesebre que contenía la esperanza de su pueblo, adoró en medio del silencio, con los Angeles y pastores, con María y José, al que Dios le había dado á conocer de lejos: adoró al Mesías y se regocijó: *et gavisus est.* Pero si Abraham vió el día de Jesucristo, también debió ver el día de su divina Madre. Así este venerable Patriarca, como Adán y Enoc, que le habían precedido, como Isaac, Jacob, José, Leví, Moisés, Josué, Samuel, David, Salomón, Isaías, Tobías, Job, y los demás Santos de su larga descendencia, que pertenecen á los siglos de expectación, al contemplar el abatimiento del Hijo de Dios en el seno de la Virgen, saludaban con sus votos el día de esta Virgen, la más digna de sus hijas, el más noble vástago de su raza á quien Dios había escogido, esta vez, no sólo para que fuese, como ellos, tronco de un gran pueblo, sino también la Madre del Libertador prometido: *A longe aspicientes, et salutantes.*

Cuando los justos del Antiguo Testamento bajaban al sepulcro, sin poder entrar aún en la gloria, ¿qué llevaban sus almas, al seno de Abraham, que les sirviera de consuelo, y sostuviese su paciencia en aquella mansión de esperanza? Lo que llevaban, H. M., era una creencia firme en los dogmas de la *Encarnación* y de la *Maternidad divina*. A la luz de una visión enteramente celestial, se manifestaban estos dogmas á su espíritu con más claridad que antes. Habían visto en vida al Mesías y á su Santísima Madre, aparecer entre el opaco reflejo de la profecía; mas ahora distinguíanlos al resplandor de una intuición directa. ¡Qué gozo para los Santos Padres! *Vidit et gavisus est.*

Así como las almas del purgatorio llevan con ansia su pensamiento al día que ha de poner fin á sus penas, así también las almas del seno de Abraham volverían afectuosamente sus esperanzas hacia el *Libertador* futuro, y hacia aquella á quien llamarían, antes que nosotros, Consoladora de los afligidos.

Según iba aproximándose el tiempo, más impetuosos eran los deseos de los Santos Padres. Por eso saludaron con efusión amorosa á la Madre de Nuestra Señora, cuando pasó á aguardar con ellos el cumplimiento de los misterios que empezaban ya á realizarse. Por eso felicitaron á Joaquín, á Isabel, á Juan Bautista, y más que á todos á José. La última hora había sonado; en el mundo estaba ya la Reina por tantos siglos esperada, puesto que sus abuelos, sus padres, su parienta, el Precursor, y hasta su esposo lo anunciaban con su presen-

cia. ¡Oh, qué misteriosos coloquios tendrían entre sí estas almas justas! ¡Goces puros de la esperanza, pronto vais á trocaros! ¡Suspiros de tantas generaciones, hé aquí vuestro término! La aurora se ha manifestado ya; no tardará en aparecer el Sol que ha de iluminar con sus rayos los profundos abismos. ¡Salve María, que nos anuncias al Señor!

«Pondré enemistades entre ti y la mujer; entre tu posteridad y la suya; y la mujer aplastará tu cabeza.» Estas memorables palabras dirigidas por Dios á la serpiente, siempre estuvieron en la memoria de la descendencia de Adán. Eran la esperanza del hombre, y la esperanza nunca muere en su corazón. Que vendría una mujer á reparar los males causados por otra mujer, fué la creencia que pasó de boca en boca, de generación en generación.

Al dispersarse los pueblos desde las llanuras de Senaar, llevaron consigo los hijos de Noé á todas las regiones del mundo esta consoladora tradición, y tan profundamente la grabaron en las almas, en las instituciones, y hasta en los monumentos, que ni las edades, ni los trastornos, ni las transformaciones sociales, ni el politeísmo con su extenso poder, la consiguieron borrar, y ni siquiera alterarla. La expectación del Mesías, y la expectación de la Virgen su Madre, fueron dos dogmas sagrados para todos los pueblos, así cultos como salvajes, de Oriente y de Occidente, de Septentrión y de Mediodía.

En efecto, recorriendo las diferentes regiones del globo, y estudiando las teogonías de todos los tiempos, se ve que la creencia que domina en todas ellas, y constituye su principal fondo, es la de un Mesías esperado, y la de una Virgen prometida, de quien Aquél ha de nacer de un modo divino. Los Budistas están acordes en enseñar que *Chakia-Muni*, el reformador del género humano, nació de la Virgen María sin concurso de hombre alguno. «El Santo, dicen los libros chinos, concebido por la obra de *Tien* (el Cielo) que le dió el sér milagrosamente, debía nacer sin lesión de la virginidad de su Madre.» Los egipcios, tan buscadores de tradiciones antiguas, aunque aficionados á desfigurarlas extraordinariamente según su genio, no dejaron de mezclar en sus cuentos místicos la *maternidad virginal*. Creían, como refiere Plutarco, «que una mujer quedaría fecundada, recibiendo únicamente el *soplo de Dios*.» Los griegos, discípulos de los egipcios, habían admitido también esta creencia. La institución de las Vestales entre los romanos, atestiguaba su culto á la Virgen. En Francia habían dedicado los druidas, en el interior de un templo, una estatua á la Virgen Madre del Libertador futuro: *Virgini paritura*.

Los pueblos del interior de Africa, los semi-salvajes de América, aislados por tanto tiempo del resto del globo, habían conservado la propia tradición. No nos cansemos: allí á donde se dirija la vista en toda la tierra, se descubrirá el nombre de una Virgen, asociado al de un Libertador que de ella debe nacer. ¡Siempre, y en todas partes, el dogma de la *Encarnación* y el de la *Maternidad Divina*!

¡Cuán venerable es por su antigüedad esta creencia! ¡Cuán adhe-

rído se mostró siempre el género humano á ella, y con cuánto afecto, pues que la guardó por tantos siglos como un sagrado depósito! ¡Oh María, Madre de Dios, y Madre nuestra! ¡Conque es verdad que habéis tenido hijos desde la primera edad del mundo, y que los Santos de los antiguos tiempos os rindieron culto con sus votos y deseos, y que hasta los pueblos más privados de tradiciones religiosas han guardado vuestro nombre antonomástico de *Virgen*, pronunciándolo en sus plegarias? ¡Qué confusión para nosotros, que con tener templos, fiestas y altares consagrados á honor vuestro, con tener vuestra vida y vuestros ejemplos, os conocemos tan poco, tan poco os honramos y tan poco amor os tenemos!

¿Y se dirá, H. M., que aquellos pueblos que no vieron á María sinó en lontananza, que no pudieron saludarla sinó con el deseo y á través de los siglos, la glorificaron más que nosotros, más que nosotros colmados de sus favores, hijos predilectos suyos, y hermanos de Jesucristo? Nó; no demos ocasión á que tal se diga.

Santísima Virgen, al aclamaros hoy por Reina de los siglos, en razón á que en todos los siglos tuvisteis servidores que os honraron, prometemos, oh Inmaculada María, postrados á vuestros piés, fidelidad y cordial devoción á vuestro culto; porque nuestro siglo es más que otro alguno de los pasados, siglo vuestro.

C. MARTIN.